

por Colotlán y el Saltillo. Mas no se crea que estos colonos consintieron lisamente en abandonar su suelo y venir á ser, á tan larga distancia, antemural de los bárbaros y guardianes de su obediencia. Lejos de eso, pactaron que habían de gozar de privilegios, como si fuesen hijosdalgo de Castilla; que podrían montar á caballo y portar armas; y que sus pueblos, en los cuales no habían de vivir españoles, deberían medir tres leguas por cada viento.

Cediendo y allanándose, para tratar de potencia á potencia, el de Velasco otorgó á los tlaxcaltecas lo que pedían y á los guachichiles cuanto exigieron, á trueque de tener paz y por reducir estas tribus vagabundas á poblaciones, donde las instruyesen los otros indios en cristiandad y política. Que su empeño en esta parte fué estéril, pruébalo, sin embargo, que guachichiles y tlaxcaltecas no habitaban jamás la misma casa, ni contraían entre sí matrimonios, ni mezclaban sus usos y costumbres. La paz, con todo, quedó asegurada. Descubierta en 1592 el mineral de San Pedro del Potosí, donde se improvisaron las mayores fortunas de que se sabía por entonces, y de donde sacó

la real hacienda en cortísimo plazo muchos millones por derecho del quinto, acudieron de todas partes al bramo, según la feliz expresión de un cronista, bandadas de españoles é indios, que edificaron á toda prisa sus casas y fundaron haciendas y labraron tierras. Gabriel Ortiz de Fuenmayor, Pedro Benito, Pedro de Anda, Juan de la Torre, Juan de Zavala, Antonio de Arizmendi Gogorrón, Juan de Oñate y cien y cien más, algunos de los cuales les son familiares, con las barras de plata y oro con que hicieron su fortuna, soberbio monumento alzaron al poderío del nombre español; no tan grande ni tan duradero, á todas luces, como el que en esta ciudad cuyos cimientos zanjaron, tienen el paternal gobierno de don Luis de Velasco el mozo y la santidad de Luis el noveno de Francia.

II

Narrados así los acaecimientos por tan compendiosa y desaliñada manera, el resultado parecerá inexplicable, como proveniente de causas que le son desproporciona-

das. Echad en la balanza junto al valimiento de Caldera, el provecho que sacaron los indios de recibir con un puñado de maíz y tasajo que comer, una burda tela para vestir; y veréis si pesa cuanto la sumisión absoluta. ¡Cómo! Quienes gozando de perpetuo vagar, eran dueños de lo que su vista y su certera flecha alcanzaban; quienes luchando de igual á igual con los españoles, no obstante contar éstos con superiores armas y táctica llevaron su intrepidez hasta el punto de hacer oscilar el triunfo de una campaña formal; quienes desconocían todo oficio que no fuera pelear, y por solo agujón tenían el de brutales necesidades, de violencia y de rapiña y de matanza. . . .; esos deponen súbitamente su barbarie; entregan sus tierras y sus minas al aborrecido invasor; meten de buen grado las manos en las esposas y los pies en los grillos que á su señor place ponerles para someterlos á poblaciones; y de amos se truecan voluntariamente en esclavos, de abastados en indigentes, de fieros en humildes, de terribles enemigos en despreciables vencidos! . . . No hay prodigios en la historia ó este es uno de ellos. Pero si lo es ¿quién obró el conjuro? ¿qué

voz escucharon los indios, que penetró en lo más hondo de su conciencia, y les infundió las para nosotros vulgares ideas de obediencia y respeto, las encumbradas nociones de sociabilidad y progreso, y las altísimas de resignación con la adversa fortuna y de esperanza en un premio que ni se ve, ni se palpa, ni se oye, con ser más luciente que los astros, mayor que el espacio y más armónico y deleitoso que el coconcertado ritmo de las esferas?

Quienquiera que haya sido autor de tamaño milagro, debió, contemplando su obra, alzar su mirada hasta Dios tres veces grande, poderoso y altísimo, con mayor razón que lo hizo, al recordar sus proezas, el conquistador que fué del Valle de San Francisco y Bledos y descubridor de las minas de Tangamanga. Encargóse cierto fraile de conseguir que el rey confirmara á don Diego de Tapia su conducta de capitán general de chichimecas, y le autorizase su escudo. De vuelta á las Indias, el religioso trató con don Diego sobre la leyenda que querría que orlase sus armas; y he aquí la respuesta del capitán: "Padre, yo he corrido gravísimos riesgos en la conquista de chichi-

mecas; á mis pies he visto caer de muerte á capitanes insignes. Si, pues, conozco que Dios me ha sacado ileso de tales peligros para ver mis hechos premiados, á El sean la honra y la gloria. Eso quiero por blasón; eso por orla de mis armas." Y así se puso en derredor de ellas: *Soli Deo honor et gloria.*

Quando las nubes descargan su tempestuosa furia sobre una aldea, una ciudad, una nación; y la tierra abre sus hambrientas fauces y traga; y devorando y arrasando llegan el fuego y devastación de la guerra; y sobre sus pisadas siguen el hambre y la peste, á cebarse en los últimos lamentables despojos; no acertamos á explicarnos que la justicia presida tamaña catástrofe, en que perecen á una los inocentes y los culpados. Mas el temerario juicio que en nuestra ignorancia arriesgamos, párase absorto, viendo cuál de las cenizas amasadas con el sudor y la sangre de los campeones, brota lozana vegetación que atrae de nuevo á bandadas las aves del cielo y á los habitantes de bosques lejanos; cuál entonan las frondas, al compás de las aguas y de los vientos, preludios que convidan y suspen-

den á las gentes: cuál se alza de los esqueletos de piedra, de los huesos truncos, de las armas rotas, de las losas funerarias, himno colosal, á cuyas estrofas sacude su sudario la desmedrada raza de los vencidos, y bebiendo del licor que sus dominadores le escancian en la ancha copa de la victoria, abre su espíritu á nueva vida, á nuevo sol, que se extiende por horizontes más amplios y sobre más altas y esplendorosas cumbres.

Dios, que mantiene en su diestra un faro gigantesco para alumbrar los caminos de sus criaturas, y fecundar en el propio campo de la muerte los gérmenes de la vida; tras de los dioses barbudos, de veste de acero, con haces de rayos armados; de la región de la luz, del oriente, á fin de que ungiesen con el óleo de la caridad á las víctimas de la codicia, y resucitaran para el cielo á los muertos para el mundo, envió á los frailes, rapados de rostro y corona, descalzos, vestidos de tosco sayal, sin otro escudo que su fe ni más arma que el Evangelio. De éstos fué el varón insigne que anduvo por las partes de la Huasteca mientras los guachichiles peleaban aquí obstinadamente sus encarnizadas peleas: tan sabio

era, que á más de su auto del Juicio Final y sus Pláticas y Sermones y Tratados, escritos todos en mejicano, dejó gramáticas y vocabularios de esa lengua y de la totónaca y de la huasteca, y otros muchos libros, para enseñanza y admiración de misioneros, filólogos é historiadores; tan pobre, que cuando murió, no tuvo sino un rosario, algunas cuentas benditas, una disciplina y un cilicio que dejar á sus huéspedes, en señal de agradecimiento; tan sobrio, que no echaba de menos las cosas que el apetito suele naturalmente desear, ni sentía gusto en ellas, porque comía de cualquier cosa que le daban, aun de mal sabor y olor; tan fuerte, que después de llevar á cuestas muchos años fatigosísimos, andando á pie por breñales y barrancas, bajo un clima abrasador y sin género alguno de regalo, no sólo no quiso aceptar el descanso á que le convidaban sus hermanos, cuando le vieron ya viejo y asmático y comido de mosquitos, semejante á un leproso, sino que, haciendo gala aún de su antigua buena complexión y robustez, tornóse á las serranías donde los chichimecas de guerra se habían hecho fuertes, y vino, por la vez

postrera, á predicarles, en nombre del Crucificado, la obediencia y la paz.

Ya habréis conocido, señores, que os hablo de fray Andrés de Olmos, compañero del venerable Zumárraga. El fué quien depuró el rumbo á Juan Torres de Lagunas, que habiéndose internado por estas tierras en persecución de los ladrones y homicidas guachichiles, vagaba perdido con su gente, bajo el peso de crueles padecimientos; y él quien por vez primera obró el prodigio de atraer en torno suyo á estos salvajes, que con no menor admiración que respeto escucharon su palabra y vieron sus virtudes. De presumir es que el asombro y confusión de los naturales corresponderían á su barbarie, oyéndole hablar de religión, misterios, sacramentos y dogmas; pero si esa lección era para ellos por el momento ininteligible y perdida, no así la que les daba con su aspecto, su traje, su dulzura, pureza y desprendimiento, en que por fuerza le comparaban con los avarientos, licenciosos, altivos y férreos conquistadores. ¿Qué mucho que le amaran y que aun de cuarenta lenguas fueran á conocerle y oírle?

Fray Toribio de Benavente refiere que

hasta 1539 siempre los chichimecas de Michoacán habían vedado la entrada de su tierra á los españoles; en tanto que siempre habían consentido á los frailes menores, haciéndolo de paz y con mucho amor, cautivados seguramente por la jamás gustada miel de la predicación y el abrasante fuego de la caridad. Cuando yo miro á los gusanillos alados precursores de la lluvia, cómo revolotean en torno de la candela que alumbrá mis solitarias vigiliás y paro la atención en sus bruscos saltos, en su aletear incesante, en su inquieta afición á la crepitante llama que suele despojarlos del níveo tul de sus alillas y pagarles con hórrida muerte su afán de apurar los ardientes goces de la luz, échome á imaginar qué vuelcos dará el espíritu sumido en tinieblas de ignoracia y barbarie, cuando, viendo flamear de repente la verdad, siente las ansias de columbrar, por lo menos, las infinitas, vagas, maravillosas creaciones que pueblan la región ideal; y me explico fácilmente por qué en la fantástica danza que sobre el empedrado de las calles dibujan los nítidos fulgores de los globos eléctricos, giran turbadamente así los insectos que dormían en lecho de hojas mecido

por el blando suspirar de las auras, como las alimañas que escondían su fealdad en las grietas de caserón añoso y destartalado.

En el nuevo como en el viejo mundo, en los desiertos como en las ciudades, en las serranías como en las sabanas, el Evangelio, luz y verdad, refrigerio, esperanza y deleite á un tiempo mismo, tenía que subyugar á todas las gentes, dulcificar á las feroces é incultas, y reducirlas á la paz, orden y progreso, cualquiera que fuese la lengua que lo anunciara. Por divina providencia, empero, hay que rociar con sangre, y con sangre de víctimas inocentes, mansas y puras los límenes de las puertas para ahuyentar al ángel exterminador, que en el corazón de los primogénitos moja su vengadora espada. Así por el noroeste á cuatro leguas de Zacatecas, poco después del año 1556, hincado de rodillas y con el Crucifijo en las manos, fray Juan de Tapia da toda su sangre á las punzadoras flechas de los guachichiles; así fray Juan Cerrato vierte la suya también en manos de los infieles, entre quienes, viniendo de Jalisco, se metió por desbasta la rudeza de su condición y traerlos al conocimiento de su Creador y al

gremio de la Santa Iglesia Católica; así fray Francisco Doncel y fray Pedro de Burgos inundan con el rojo licor de su vida el profundo arroyo de Chamacuero, donde, voraces como tigres, se echan sobre ellos los chichimecas.

Volvía el Padre Doncel de Pátzcuaro con fray Pedro, trayendo un Crucifijo que había mandado hacer para la Villa de San Felipe, de cuyo convento era guardián. Viendo por la seguridad de la Imagen, venían en compañía de soldados; mas como éstos huyeran al punto de embestir los indios, quedaron abandonados é inermes los benditos religiosos. Cual era su obligación en ese apurado trance, dobló el Padre Doncel las rodillas y enarbolando el Santo Cristo, alzó la voz de su predicación. ¡Vano esfuerzo! Afinojados y abrazados á la sublime enseña cayeron ambos frailes de muerte, bajo la rabiosa ira de los salvajes, que no contenta con la sangre y con quitarles el hábito para vestírselo y pasearlo en carreas acompañadas de bestiales alaridos, les aserró la cabeza y les arrancó los cascos y se los puso, para hacer alarde y ostentación de su triunfo. Aun se venera en San Feli-

pe aquella imagen de Jesucristo con el nombre de *Señor de la Conquista*; y aun se llama *Arroyo de los Mártires* la hondura en que estos religiosos perecieron.

Cercano está, á cuatro leguas de Colotlán, el sitio en que fray Luis de Villalobos selló con gloriosa muerte (1582) la doctrina que enseñó á los gentiles; ni dista mucho el lugar en que fray Andrés de la Puebla fué azotado cruelmente y desollado de la cabeza, cejas arriba, mientras afeaban la idolatría y entonaba las alabanzas divinas (1586). Tierra nuestra es la de Charcas, donde sufrió también el martirio fray Juan del Río hermano del general de este apellido, que hizo la postrera campaña de chichimecas. Un día (1586) que los españoles salieron del pueblo, lo asaltó un escuadrón de indios y robó los ganados. En su persecución salieron los únicos dos soldados que habían quedado de guardia; y á poco los siguió en un caballo el fraile, creyendo que su presencia pondría respeto á los ladrones. Cuando llegó adonde éstos se hallaban, vió que un soldado había muerto y que el otro estaba en riesgo de perecer. Púsose luego á rogar á sus enemigos que se

apaciguaran y le oyesen, y no dejó de hablarles, ni aun cuando caía sobre él una lluvia de flechas, que se le hincaban por todo el cuerpo. Razón había para que los verdugos se pasmaran, porque los flechazos no le hacían mella, con ser tantos y certeros: se tenía bien en el caballo y proseguía hablando. Apuntáronle entonces á la cabeza, y á los tres ó cuatro dieron con él en tierra. ¿Cuál pensáis que fué la causa de parecer invulnerable?... Por indagarla corren los bárbaros á registrar el cuerpo; le despojan del hábito, y hallan que un inmenso cilicio, una malla férrea, sujetaba con agudas púas y rasgaba las carnes del penitente fraile!...

Ya lo véis, señores. Si los milites castellanos eran de hierro, también lo eran los soldados de la fé. De colosal estatura unos y otros, se agigantan más, cuanto más de lejos los vemos; como crece la sombra, cuanto más se retira del foco luminoso el cuerpo que la proyecta. Adonde los primeros ponían el servicio del rey, el engrandecimiento de la patria y su fortuna y su gloria, allí iban. Adónde los segundos sabían que había infieles que convertir, rebeldes que apaciguar, guerras ó disensio-

nes en que mediar, allá volaban; sin que á detenerlos fueran parte lo áspero y malo de los lugares, ni la ferocidad de los habitantes, ni la falta de provisiones, ni el ignorar el idioma, ni las privaciones y fatigas, ni los tormentos, ni la muerte. De ese limo hace Dios á los grandes; de ese tamaño son los héroes.

Por tan vulgares como en ese período fueron para el nombre español las descomunales aventuras y el desprecio de los peligros, harto reprochable sería insistir en esos sublimes lugares comunes de nuestra historia. Es lo que parece mejor á nuestro cronista Arlegui, hurtar la traza de que cierto escritor se valió, pintando un dedo gigantesco para dar en brevísimo instante la idea de gigantesca estatura. Cuantos frailes tributaron su sangre á Dios por la conversión de los chichimecas, todos son igualmente acreedores, no digamos al homenaje fugaz, en esta ocasión humildísima, de la tribuna, pero á la sempiterna oblada de mil y mil corazones agradecidos; y si imposible, es nombrarlos á todos, sea, por lo menos el recuerdo de algunos índice colosal que revele su sobrehumana grandeza.

Reo de gravísima injusticia quedaría, sin embargo, quien hablando de los religiosos que en aras de la caridad murieron, torturados por manos extrañas, dejara en silencio á los que se sacrificaron por sí mismos, encendiendo en su pecho una inmensa hoguera, á la cual con inefable decisión arrojaron hacienda, deleites, poder, ciencia, todos los ricos anhelos de la juventud, todas las fastuosas galas del mundo.

Acompañando á su tío el primer virrey, llegó á Méjico Jerónimo de Mendoza, del ilustre solar de los duques del Infantado. Sabiendo que era joven y altivo, no extrañaréis que haya sido licencioso é indevoto de frailes, ni que llenara con sus escándalos la ciudad y el palacio de cuyas guardias fué capitán. Pero cierto estoy de que os sorprenderá no poco verle después marchar con las desnudas plantas desgarradas por los abrojos, vestido de cilicio bajo el burdo sayal franciscano, al descubrimiento de Zacatecas, en compañía de Juan de Tolosa. Ni dudo que vuestra sorpresa llegará al pasmo, si le seguís á tierra de chichimecas, por cuyos páramos y rancherías, alimentándose sólo de frutas silvestres, atormentado cons-

tantemente del sol, hambre, cansancio, temores y sustos, va buscando á los indios, para dejar caer en sus oídos la eficacia y dulzores de la divina palabra.

¿Qué admiráis en el gran navegante cuyo dichoso descubrimiento se aprestan á celebrar uno y otro hemisferio? ¿Su saber? ¿su valor? ¿su audacia? Con haber tenido todas esas prendas en grado heroico no son ellas seguramente lo que en él os cautiva, sino su fe, su maravillosa fe que le mantuvo erguido y firme en medio de obstáculos sin cuento, batido por decepciones, burlas y contrariedades de todas suertes, y le sacó ileso de maquinaciones y riesgos hasta ponerle á salvo en la soñada tierra. Pues de esa fe, que hizo al inspirado marino triunfar de sus enemigos y opositores y de las misteriosas turbulencias del oceano, se hallan también ejemplares en estas partes, que no por andar perdidos en humilde crónica de provincia, deben parecer indignos de estima: así, en la soledad, brilla mejor el diamante. Cuando el inmortal genovés entraba al servicio de España, acababa de tomar en Salamanca el hábito franciscano (1483) un niño de tan precoz entendimien-

to, que á los trece años estaba ya graduado en filosofía. Aplicado, á los dieciseis, al estudio de la teología, hizo tales progresos en esta ciencia y en las lenguas de griegos y hebreos, que, con no poco crédito de la Orden, ocupó largos años la cátedra de su convento, donde, según se sabe, halló Colón más docilidad y mejor acogida que entre los orgullosos profesores de la celebrada Universidad. De Guatemala, adonde vino el docto maestro por 1539, para ocuparse en doctrinar á los indios bozales, pasó á Méjico, llamado á servir de consultor de los individuos del Santo Oficio (1571). Blanqueaba ya entonces en su cabeza la nieve de cien inviernos, pero, como los volcanes que ostentan alba corona para esconder la fragua donde se forjan ardorosos rayos, así el centenario venerable padre. Apenas se detiene en la corte virreinal; como dardo encendido parte luego á Michoacán, Zacatecas y Durango, cuyos moradores recogen las postrimerías del filósofo, teólogo, humanista y predicador excelso que se llamó fray Diego Ordóñez, y que, á los ciento diecisiete años de edad, sentado en una silla por no poderse ya tener en pie, muere en Som-

brerete, predicando á los bárbaros, . . . ¡él, que había sido gala del convento salmantino y oráculo venerado de teólogos é inquisidores!

De varón como éste, que desde niño se acogió al claustro para vivir una vida santa, casta y pura; que encaneció en la ciencia, y cantando las glorias divinas acabó sus días como el cisne; nadie osará profanar la memoria, pensando que á la religiosa clausura y á la evangelización de los indios le llevaron remordimientos ó desengaños, de esos que por ventura arrojan sus víctimas á la orilla, como la borrasca los pedazos de maltrecho bajel. Si penitentes desengañados buscarais, hallaríais un hermoso tipo en el hermano Cintos, cual cariñosamente llamaban los indios á fray Jacinto de San Francisco. Después de pelear y rendir con el gran Cortés el imperio de Motecuhzoma, retiróse á gozar de las encomiendas que le cupieron en el reparto, acumulando riquezas con el sudor y fatigas de muchísimos esclavos y tributarios. Algunos de éstos fueron un día cautivados de los salvajes, que, en oblación á sus dioses, determinaron sacrificarlos. Sabedor de ello Jacinto, vue-

la á socorrerlos, armado cual en sus días mejores; mas con tan mala fortuna pelea que, á pesar de su desnudo, le vencen los enemigos, obligándole á huir en vertiginosa carrera, en que le apedrean y golpean de tal suerte, que sólo pudo escapar por milagro. Como en semejantes lances acaece á los engreídos con su ventura, pónese el fiero conquistador á revolver en su imaginación los múltiples azares de su vida; y considerando los grandes peligros que había corrido, las inspiraciones que había recibido del cielo y lo instable y vano de mundanales favores; súbitamente, como fray Diego de Olarte, se desciñe la espada, echa de sí la brillante coraza, vísese el humilde sayo de Francisco de Asís, y viene á redimir con áspera penitencia sus culpas, y á librar con su dulzura y caridad en la conversión de los chichimecas, mejores y más gloriosas batallas que las que ganó con el hierro en la conquista de Méjico.

No es raro esto de ver en nuestros antiguos anales trocada la armadura por la cogulla; como tampoco lo es ver convertidos en predicadores á los soldados, y en generosos y desprendidos á los que se tenía por

avarientos y ruines. Mas á enumerar todas las grandezas que al carácter español distinguieron, habríamos menester, vosotros de infatigables oídos para escucharlas, y yo de lengua de bronce para contarlas, como en estos instantes las cuenta la regocijada campana que llama á los maitines de San Luis rey.

III

Coreado por las infinitas voces del órgano, David entona sus versículos inspirados, que van difundiendo por la ancha nave, en agitado y constante oleaje, cual esfumaciones de oro sobre un fondo de alba y nítida gasa. Loores dignos ¡ los únicos! del varón justo son esos melodiosos acordes del salterio, en que percibís claramente unas voces susurrantes como la brisa en el pinar sombrío; estas que silban y se apagan bruscas como la racha; aquellas que modulan el tintín sonoro de campanillas argentinas; esas que caen secamente como monótono golpear de gruesas gotas de agua; esas otras que aturden y vibran, cual si fuesen emitidas por cien trompetas de guerra. Es que evocan juntamente con las cohortes de conquistadores, á las numerosas tribus